

LA INVENCION HUMANA DEL SER HUMANO Y DEL MAL EN ROUSSEAU

Guillermo Bianchi

UNLP

1) *Hay mal*

Una importante tradición en el siglo XVIII sostenía que “Todo está bien” en la Creación. Condicionaba el planteamiento del problema del mal, reduciéndolo finalmente a la condición de un pseudo problema. Se trataba de una posición con una fuerte presencia en la Europa de la primera mitad del siglo XVIII. Así todavía en 1753 la Academia de Berlín convocó para 1755 precisamente a un concurso sobre la frase de Pope “Todo está bien”. Frente a esta tradición, de un modo particular pero insistente, Rousseau nos plantea que realmente hay mal en el mundo, o de otro modo, que las cosas están mal.

No es el único en este reconocimiento. Ha tenido en Bayle un valiente antecesor, y en Voltaire un contemporáneo tan o más crítico que él, aunque con otros argumentos, algunos de los cuáles ya han sido expuestos en estas dos mesas. Sin embargo, el tratamiento por parte de Rousseau de la cuestión es novedoso y revolucionario. Y téngase en cuenta que no es arbitrario la selección del adjetivo ‘revolucionario’ para la descripción-diagnóstico que hace Rousseau del mal estado de cosas humano en la Francia de la segunda mitad del siglo XVIII. ¿Pero dónde y qué mal hay en el mundo? ¿Dónde y cómo se lo encuentra? No hace falta más que mirar esta sociedad corrupta en la que vivimos, nos diría Rousseau, para que podamos hacer un listado extensísimo de males. Pero ¿en qué consiste ese mal?, ¿cuál es su naturaleza?

2) *Este mal es producido por el hombre mismo, se trata de un artificio, de una invención humana*

Esta pregunta se puede reformular de otra manera: ¿En qué consiste esta mirada-reflexión revolucionaria sobre la naturaleza del mal? En primer lugar, que el origen del mal está en el hombre, en la historia de la sociedad humana, que el verdadero mal es el mal moral, y el único relevante. El mal físico forma parte de la vida natural de los hombres, y los accidentes y dolores en la naturaleza no someten a los hombres en

estado natural en general a situaciones insuperables, e incluso la muerte misma no parece preocuparle demasiado a Rousseau. Por el contrario hay más muerte y dolor generados justamente por el mal moral en la vida en sociedad. El otro tipo de mal, el mal metafísico, es desestimado como irreal en una Providencia donde todo está perfectamente ordenado con equilibrio y perfección. En este punto, y sólo en este punto, se mueve próximo a la tradición “optimista” del “todo está bien”.

3) *¿En qué consiste este mal moral?*

En Rousseau está claro que la entrada en la vida social es el mayor mal y tragedia de la condición humana. Si bien él en sus explicaciones no siempre es claro. Por el contrario en ocasiones es aparentemente contradictorio o cae en justificaciones circulares. En verdad cierta circularidad le debe ser permitida, y él parece interesado en utilizarla, puesto que se dan una confluencia de elementos que en su interrelación y mutua influencia han devenido en el desarrollo de la humanidad. Así el desarrollo del conocimiento, del lenguaje, la utilización de herramientas, el trabajo de los metales, la división del trabajo, la propiedad privada de la tierra, la progresiva organización económica, la competencia por el otro sexo, la organización de géneros, etc.. Sumado a circunstancias accidentales que movilizan a un mayor intercambio en los vínculos originarios básicos del hombre natural: un frío rudo, una inundación, u otros accidentes naturales. Y en la representación de este proceso como nadie antes problematiza e indaga en este desarrollo histórico-antropológico como un verdadero antropólogo *avant la lettre*.

El resultado de este proceso es el abandono (la ‘caída’) de una vida simple en el estado de naturaleza, limitado a las posibilidades y a los intereses y necesidades básicos y restringidos que se pueden dar en un medio como el natural. Por el contrario en la vida en sociedad, se produce una sofisticación de costumbres y necesidades que alejan de ese equilibrio y orden natural, provisto sabiamente por la Providencia Divina. Y por la prosecución de pasiones no asentadas en los dos principios básicos de la condición humana natural, esto es, el amor de sí y la piedad, y basados fundamentalmente en esa versión derivada y desviada del amor de sí que es el amor propio, se desarrollan pasiones, como el interés egoísta, la búsqueda del honor, etc.. Estas pasiones *contrario sensu* Mandeville y su *Fábula de las abejas*, no producen bienestar y riqueza en la sociedad, sino los más atroces enfrentamientos y que el beneficio propio se oponga al de

los demás. Y por otra parte los efectos nocivos se ven incrementados por el uso utilitario de la razón. No es, contra Hobbes, que en el estado de naturaleza el hombre es el lobo del hombre, sino en la sociedad civil. Según Rousseau, Hobbes no habría hecho más que extrapolar a un supuesto estado de la naturaleza, pasiones que se incuban y desarrollan en la vida social.

Además cada acción moral genera una consecuencia natural que actúa como premio o castigo. Este premio o castigo surge de nuestra propia acción y de su acuerdo con el orden de la naturaleza. No surge del acto volitivo de una voluntad superior independiente al hombre. De este modo podemos ser los autores de nuestro sufrimiento o felicidad. Una vida simple y natural tiene su propio premio en una vida más feliz y placentera que la del aristócrata ruin atemorizado por perder sus beneficios y distinciones, para dar una imagen que gusta utilizar Rousseau.

4) *El hombre ha llegado a inventarse a sí mismo, a generar una nueva naturaleza*

Rousseau parece sostener que habría dos clases de naturaleza humana. Una, la naturaleza humana propiamente dicha, aunque de carácter tal vez hipotético, que consiste en un núcleo básico de humanidad sostenida en dos principios anteriores a la razón, el amor de sí y la piedad. Pero esta naturaleza no es la que se da efectivamente entre los hombres. Por el contrario, nos encontramos con una naturaleza derivada pero real, que consiste en lo que los hombres somos hoy, lo que hemos llegado a ser, resultado de las circunstancias, de la historia y también del artificio humano, a partir de aquella naturaleza humana básica y primigenia. Podemos hablar de un carácter productivo del hombre (de la sociedad, de la cultura) respecto de esa naturaleza artificial. Ya hemos visto el carácter productivo del hombre en relación a la naturaleza del mal, que estaba ausente en el primer sentido de naturaleza humana. Así, en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Rousseau sostiene :

Porque, ¿cómo conocer la fuente de la desigualdad entre los hombres si no se empieza por conocerles a ellos mismos? ¿y cómo conseguirá el hombre verse tal cual lo ha formado la naturaleza, a través de todos los cambios que la sucesión de los tiempos y de las cosas ha debido producir en su constitución original, y separar lo que atañe a su propio fondo de lo que las circunstancias y sus progresos han añadido o cambiado de su estado primitivo? Semejante a la estatua de Glauco que el tiempo, la mar y las tormentas habían desfigurado de tal manera que se parecía menos a un dios que a una bestia feroz,

el alma humana, alterada en el seno de la sociedad por mil causas constantemente renacientes, por la adquisición de una multitud de conocimientos y errores, por los cambios ocurridos en la constitución de los cuerpos, y por el choque continuo de las pasiones, ha cambiado, por así decir, de apariencia hasta el punto de ser casi irreconocible...” (Rousseau, J. J. Del Contrato Social. Discursos. Madrid. Alianza Editorial. 1998, p. 220).

O también, más adelante:

*Ahora bien, sin el estudio serio del hombre, de sus facultades naturales, y de sus desarrollos sucesivos, jamás se conseguirá hacer esas distinciones, ni separar en la actual constitución de las cosas lo que la voluntad divina ha hecho de lo que el arte humano ha pretendido hacer (Rousseau, J. J., *Idem*, p. 226, el resaltado son míos).*

Rousseau no afirma el carácter producido de la naturaleza humana del modo asertivo que por ej. lo hará Michel Foucault dos siglos después, pero debemos tener en cuenta que está pensando algo que no ha sido sostenido antes. Esta naturaleza derivada, transformada, artificial, ha sido producida por el hombre, aunque no por medio deliberado de su voluntad, sino sometido a las circunstancias accidentales, fortuitas y a las interrelaciones que se dan a lo largo de la historia humana. Este es claramente un aspecto revolucionario de su la reflexión: la naturaleza humana no está dada sino que es el resultado de un despliegue que se de en la historia. No según un determinado sentido o determinación sino según la confluencia de un sinnúmero de factores.

5) Así como el mal es un artificio humano, una invención humana, está en las manos del hombre, en su poder, deshacer lo que él ha hecho.

El segundo momento revolucionario de Rousseau en relación a su reflexión acerca del mal está en que así como es un artificio humano el mal moral, está en nuestras manos el superar ese estado de cosas. En cada ocasión tenemos la oportunidad de modificar la situación, el mundo, en que nos encontramos. Y en este

punto es claramente moderno y se aparta de la tradición bíblica y agustiniana, con la que tiene cierta afinidad. No es por un hecho de gracia sobrenatural, sino por nuestra deliberación y por nuestra acción que podemos cambiar el mundo, la realidad social y política. Y es allí que cobra su lugar en la obra de Rousseau el *Emilio*, que de algún modo es la respuesta a la mirada crítica expuesta en el *Discurso sobre el origen de las desigualdades entre los hombres*. Es en el *Emilio* que por medio de la pedagogía, se postula la posibilidad de regenerar, de reconfigurar la naturaleza humana corrompida, volviéndola a hacer acorde a la naturaleza, escuchando la naturaleza y comportándose de acuerdo a ella. Pero no volviendo a un hombre meramente natural, sino desde una posición culturalizada pero ahora acorde a la naturaleza.

*Es a esta edad (la adolescencia) también que comienza, en el hábil maestro, la verdadera función del observador y del filósofo, que conoce el arte de sondear los corazones trabajando para formarlos. Mientras que el joven ni piensa todavía en mentir (disimular, se contrefaire), y todavía no lo ha aprendido, a cada objeto que se le presenta se ve en su aire, en sus ojos, en su gesto, la impresión que él recibe: se lee en su mirada todos los movimientos de su alma; a fuerza de espíarlos, se llega a preverlos, y finalmente a dirigirlos (Rousseau, J. J. *Émile ou de l'Éducation*. Paris. Garnier-Flammarion. Libro IV. p. 294, la traducción y el resaltado son míos).*

Se trata ahora de utilizar el conocimiento que nos ha provisto la observación de los hombres reales y del discípulo, para producir, nuevamente de manera artificial, un nuevo hombre y una nueva naturaleza humana. Y es porque la naturaleza humana no está fija y determinada que conociéndola podemos producir esa modificación.

Al niño debemos reconectarlo con la naturaleza, para que vuelva a tener y sentir verdaderas necesidades. Y el autoconocimiento ocupa un rol muy importante, en tanto debemos despojarnos de la mirada propia habitual que está mediada por los otros en la vida social y que es origen de la vanidad y la enajenación. Incluso aquellas capacidades del hombre, tales como la libertad, la razón y la sexualidad, cuyo mal uso según Rousseau introdujeron el mal en el mundo, utilizados según el orden natural, pueden constituirse en aliados en este proceso. El conocimiento, control y uso adecuado de los

factores que llevaron a la generación del mal en el mundo, son justamente la clave para la solución de éste.

¡Curar el mal del mundo está en nuestras manos! La posibilidad de nuestra felicidad personal radica en nuestra virtud moral. La posibilidad de un mundo mejor radica en nuestra política y en la educación que les demos a nuestros hijos. Esto es consecuencia de la revolución operada por Rousseau al concebir la naturaleza humana como una creación humana. Y por nuestra parte agregaríamos, en un espíritu aparentemente ajeno a estos tiempos: ¡Viva la Revolución!